

## ***Conocer la verdad, luego sentir el peso del momento histórico que vivimos***

### ***La paz, una construcción colectiva***

***Una forma de entender una historia lejana.*** Escuchar, pensar, sentir, comprender el dolor y el sufrimiento que puede causar cualquier guerra.

***El método.*** Repasar el camino de periodistas que asumieron la responsabilidad de enfrentar el contexto histórico de su país desde la realidad del pueblo.

En Medellín, especialmente este año, se han dado espacios para reflexionar sobre el conflicto, la oportunidad de escuchar de primera mano las voces que han conocido las pérdidas que dejaron todos estos años de enfrentamientos ideológicos que más que “logros de uno u otro bando”, suman víctimas, miedo y más violencia. Voces que finalmente terminan en la misma idea: es la oportunidad de un cambio.

Estas líneas como agradecimiento a sus palabras; por ser una forma de salvación, de entendernos como comunidad, de volver a creer para comenzar a caminar juntos.

***El periodismo para la paz.*** En el centro de la ciudad de Medellín, hacia el oriente, allí donde la Avenida La Playa se convierte en glorieta, en el Teatro Pablo Tobón Uribe, a las 7:00 pm del 30 de marzo de 2016 se reunieron cuatro periodistas a hablar sobre *¿Es pública la opinión pública? El papel de los medios en la construcción de la paz*, convocados por Con la Oreja Roja -medio de opinión, crítica y sátira-. Eran pocos los asistentes, no llenábamos un estadio. Solo estábamos bajo el calor familiar del Café Teatro. Para algunos era escuchar un discurso revelador, para otros era reafirmarse en su qué hacer. La moderadora, Ana Cristina Restrepo, en una de las preguntas da voz a Javier Darío Restrepo, un hombre de mirada apacible, sonrisa de abuelo, poco cabello y muchos años de experiencia en la palabra, el periodista que hoy es el director del consultorio Ético de la FNPI, quien frente a la pregunta de cómo asumir el periodismo en medio del conflicto armado, lanza unas palabras con voz pausada y tono vehemente —como solo pueden decirse este tipo de cosas, según él mismo lo afirma—: “...El conflicto permite entender la esencia de nuestro oficio y convierte todas estas dudas en una gran oportunidad de encontrar nuestra identidad profesional. Nosotros no estamos al servicio ni del negocio, ni de la

neutralidad, ni estamos al servicio de la política; estamos al servicio del **bien común**, ese criterio de bien común es el que le da el aval a todas nuestras acciones y las dignifica... **Es mejor estar en paz que estar en guerra...**” y finalmente terminar en un largo aplauso del público.

*La paz es la victoria de las víctimas.* ¿Cómo entender el conflicto sin conocerlo?, ¿cómo entender la paz sin las víctimas?

Del Teatro, caminando por la Avenida La Playa en sentido oriente occidente se gira a la izquierda en la carrera 43: continúa en línea recta. En la calle 48 se gira a la derecha. En la próxima esquina a mano izquierda está uno de los edificios de Comfama San Ignacio. Allí subir: hasta el cuarto piso donde se encuentra el auditorio principal. Fue un miércoles 6 de abril a las 6:30 pm. En el recinto: pocas sillas estaban vacías, había gente de todas las edades y estilos. El encuentro: con Jesús Abad Colorado. La pregunta: *¿Qué somos en la guerra?* Las palabras de Jesús: narrar historias de víctimas a través de imágenes capturadas con su lente a blanco y negro, como la guerra. Dos árboles que se abrazan en una pequeña colina. Un campesino caminando con su sombrero, machete y poncho sobre el tapete de flores amarillas que dejan los Guayacanes en un camino sin pavimentar. Vestido de negro, un hombre con los brazos y las manos marcados por los años y las venas, sostiene una flor amarilla. Muros convertidos en ruinas bajo la cúpula celeste que acompaña aquella noche a Bojayá. Entre fotografía y fotografía, vienen y van historias de niños, mujeres, hombres y comunidades enteras que tuvieron que dejar su tierra; Jesús los acompaña, más que con su cámara, con su humanidad. **En la guerra no hay ganadores. Todos perdemos.**

Lo vivido por este hombre que no se cansa —cómo muchos se lo preguntan- de fotografiar la realidad del país, se ha convertido en la memoria para aquellos que no han vivido la guerra, porque cuando Chucho -como le dicen las personas más allegadas- con sus descripciones comienza a tejer el entramado de momentos llenos de dolor, enseña sus fotografías con un nombre y una historia propia, retazos de historias del conflicto y sus palabras, además de la propiedad con la que las pronuncia: desarman cualquier sentencia o argumento de quién conoce una verdad de lo que ha pasado en este país solo a través de los medios de comunicación.

Cuenta María Isabel Moreno Muñoz, una joven estudiante de Comunicación Social, como su abuela, Gloria Eugenia Ramírez Raigoza -quien permanece más tiempo escuchando la radio y viendo las emisiones del noticiero televisivo que su propia nieta-, se negaba rotundamente a apoyar los diálogos en la Habana. Ella no creía en una paz posible, pensaba que Santos le entregaría Colombia a las FARC, que no era posible que un guerrillero pudiese ganar más que una persona de bien, que no habría paz con esa manada de corruptos que hay en el Gobierno; según María Isabel argumentos muy violentos, palabras comunes en aquellas personas que poco conocen de las víctimas.

María Isabel después de escuchar a Jesús Abad, en la siguiente oportunidad lleva a su abuela a una charla en el Centro Cultural de Moravia. Sin discusión, solo con escuchar, doña Gloria cambia de posición; hoy defiende el proceso, hoy está del lado de su nieta, del lado de las víctimas. Como esta abuela pocos sabemos que para el 2012 el 81,5% de muertes asociadas al conflicto armado corresponden a civiles. En la guerra no hay ganadores. Todos perdemos.

Jesús habla pausado, se toma la palabra y se emociona al contar como muchos de los que retrata en sus fotografías hoy son sus amigos, lo llaman, le hablan de sus vidas, lo recuerdan. Abad no es un periodista de oficina, no es un periodista que cumple su trabajo como pasando páginas. Él hace periodismo para la historia. Su arte en la guerra es capturar momentos donde la dignidad humana persiste en medio de las cenizas, mostrar como esta guerra, donde el hombre ha sido bárbaro, otros resisten, y aún guardan la esperanza de otra Colombia posible.

Las últimas palabras: “En lugares donde todavía hay guerra, como en el Cauca, en el Chocó, en el Catatumbo, en Nariño, en el Urabá o en el suroeste antioqueño, e incluso en tantos barrios de mi ciudad donde todavía deambulan ilegales o legales que se alían con los ilegales, yo voy a reclamar siempre como lo hacen esos campesinos que levantan una bandera blanca porque esperan no solamente que termine la noche, sino que **entre todos en Colombia, construyamos un país posible** para hombres y mujeres, para niños y niñas”. Aplausos. Impotencia. Bruma. Nostalgia. Admiración. Muchas ideas.

Termina la noche. Llega el día. El medio día. En la plataforma de la estación Hospital del Metro de Medellín, una mujer con rasgos indígenas se sienta en el piso; se sienta de lado -seguro su falda que llega hasta las rodillas no le permite sentarse de otra forma-. Pies descalzos. Cabello corto y muy liso, igual al de su hija que está sentada a su lado, pero en una de las bancas de cemento. La joven lleva puesta una chaqueta blujean. Carga un bolso rosado. Está atenta a la llegada del Metro. Cuando se acerca el primer vagón, la madre mira a la hija; con la mirada se preguntan y se responden, la respuesta es afirmativa. Se paran y al entrar al tren, la madre da un paso definitivo, firme para no caer. Ambas son de baja estatura. Piel canela. Ojos rasgados. El tono de sus voces, bajo. Su lengua, diferente.

En la ciudad es posible reconocer las mujeres Emberá; ellas están aquí, pero su mirada está en otro lugar. La madre se tambalea cuando el Metro llega a una estación. En San Antonio sucede algo similar con el paso de la madre al salir del vagón. Caminan cogidas de la mano por la plataforma en medio de la multitud -la baldosa ha de ser muy fría en comparación a la tierra donde el indígena camina-. Para pasar de la Línea A a la Línea B se requiere subir unas escalas, ellas lo hacen por las eléctricas, la madre se confunde, por poco se cae. Pone un pie en una escala, pero el otro lo deja en una diferente, cuando los escalones se separan, su hija la sostiene y se soluciona el inconveniente. Al abordar el siguiente Metro, que se dirige a la estación San Javier, ellas se sientan juntas. Recuerdo las historias de Jesús Abad. Ellas son una fotografía. Ellas son víctimas de este conflicto.

La madre solo llevaba dos días en la ciudad. La hija ya había estado en Bogotá, ahora vive con su hermano a cuatro cuadras de la estación San Javier. Ella no ve televisión, casi no usa el celular, no va a la escuela. Habla poco. Extraña su tierra. Prefiere no contar su historia; se siente incómoda, entendiendo que no es un momento para el diálogo. Suenan los parlantes que avisan la siguiente estación: Estadio. La hija menciona su nombre, dice Leila o Laila. Es preciso bajarse del vagón antes de que se cierren las puertas. La memoria auditiva falla. Repetir los dos nombres. Lelila-Laila-Leyla-Layla. Impotencia. Bruma. Nostalgia.

***Tres alientos por la paz.*** Por estos días de lluvia, que los campos descansan de la época de la escasez de agua. En el tradicional barrio Carlos E. Restrepo se llevó a cabo la 10ª Feria Popular del Libro. El viernes 13 de mayo como la invitación lo describía exhortando a lo

invitados: “Hay caminos que no se emprenden por placer ni turismo, sino por esas sombras que acechan en la noche, por el visitante misterioso que una vez llama a la puerta y hace que todo cambie para siempre”. Patricia Nieto, Juan José Hoyos y Alfredo Molano contaron algunas de sus experiencias en el conflicto como periodistas, y en el aire quedaron suspendidas sus voces que hablaron de *El infierno detrás de las montañas: las formas del desarraigo*.

Alfredo fue contundente: “No estamos condenados al infierno”, dijo. Existe la necesidad de una posición radical hacia la paz, pues una locura como la guerra no puede continuar, afirmó.

Patricia enunció tres palabras. **Memoria. Justicia. Verdad.** Habló de su importancia en este momento. De cómo los ciclos de violencia se reproducen una y otra vez, pero siempre habrá formas de resistencia, como continuar labrando la tierra pese a la presión de abandonar sus campos por una causa injusta, los memoriales, las marchas y las madres que continúan buscando a sus hijos desaparecidos; pese a todos estos esfuerzos, “las acciones son aisladas, como Nación no somos un país preparado para resistir juntos”. A ella le preguntan cómo actuar frente a la coyuntura del proceso, ella con la elocuencia con la que habló durante toda la conversación, responde que más que afiliarse a un partido, ella se aferra a la idea de hacer bien su trabajo. Para la paz cada quien debe ejercer de una manera ética su profesión.

Juan José es un ser pacífico, ama la libertad, le choca la injusticia, y jamás ha pensado que la solución de un país sean las armas. Así se define y por ello dice: “Prefiero una paz con impunidad que una guerra con impunidad”. Además reitera la importancia de cuidar la verdad, pues no es momento de correr el riesgo de que una mentira repetida mil veces se convierta en verdad.

La palabra transforma, y es hora de reivindicarla. Porque la tierra y la vida merecen ser defendidas. Porque la indiferencia puede convertirse en grandes acciones cuando se conocen otras verdades. Porque la paz es la victoria de las víctimas, como lo dice Antanas Mokus, y no somos quienes para negarles esta oportunidad. Que no nos deje el tren de la

vida. Marta Gómez, la cantautora colombiana, diría en tono suave y dulce: PARA LA GUERRA, NADA.

POR Laura Cristina Castrillón Valencia